

LOS PRIMEROS PASOS DE LA IGLESIA EN LA AMÉRICA DEL NORDESTE (siglo XVII)

LUCA CODIGNOLA

Los historiadores e historiadoras conocen bastante bien la historia de los primeros pasos de la Iglesia católica en América del Norte, es decir, de la región que corresponde hoy al este de Canadá, conocida como Nueva Inglaterra durante la primera mitad del siglo XVII. Diversas iglesias, misiones y parroquias han sido objeto de estudios monográficos de calidad, y se ha dedicado un número imponente de biografías a los misioneros y eclesiásticos más importantes. Tenemos, por tanto, un buen conocimiento de la jerarquía institucional, de los esfuerzos misioneros dirigidos a los autóctonos, de la piedad popular de los habitantes de la Nueva Francia y de la influencia de la Santa Sede sobre los desarrollos norteamericanos¹. A partir de este amplio abanico historiográfico, presentado aquí en sus grandes líneas, nos parece posible trazar un balance de los conocimientos en este terreno.

La elección del marco cronológico requiere una explicación. El fin del Concilio de Trento, en 1563, debe ser considerado como el comienzo de una Reforma católica y, consecuentemente, de una reorganización de las actividades misioneras que permitió, entre otras cosas, los comienzos de la colonización de Canadá y sobre todo la supervivencia de la colonia durante todo su primer período. El capuchino francés Pacífico de Provins (René de L'Escale), un misionero algo visionario, pero con una larga experiencia en Oriente Medio, en Francia

1. Charles H. LIPPY-Robert CHOQUETE-Stafford POOLE, *Christianity Comes to the Americas 1492-1776*, Paragon House, New York 1992; Mark A. NOLL, *A History of Christianity in the United States and Canada*, William B. Eerdmans, Grand Rapids 1992; Jacob E. COOKE et al. (dirs.), *Encyclopedia of the North American Colonies*, Charles Scribner's Sons, New York 1993, III, pp. 503-561; Terrence MURPHY-Roberto PERIN (dirs.), *A Concise History of Christianity in Canada*, Oxford University Press, Toronto 1996. Para las fuentes romances, ver Pierre HURTUBISE-Luca CODIGNOLA-Fernand HARVEY (dirs.), *L'Amérique du Nord française dans les archives religieuses de Rome 1600-1922*, Éditions de l'IQRC-Les Presses de l'Université Laval, Québec 1999, que contiene también artículos de PERIN-Giovanni PIZZORUSSO-Matteo SANFILIPPO.

y en las Antillas, explicó de manera muy sencilla, pero muy directa, el fin general de la nueva acción misionera: «Expandir las redes del evangelio a los más alejados rincones y naciones de la tierra» con el fin de «conducir a esos pueblos salvajes al conocimiento del verdadero Dios que nosotros adoramos»². La importancia del marco global no debe ser subestimada. Una perspectiva limitada, tal como ha sido la tradicional de la «conquista espiritual del Canadá», no nos puede hacer olvidar que se trataba, según un historiador francés de comienzos de los años 1940, de un más amplio «despertar misionero de Francia»³, y en general del mundo cristiano. Por ejemplo, creemos haber demostrado recientemente cómo, en efecto, la colonia de San Lorenzo así como la Acadia no eran más que un polo de atracción menor, en relación al clero misionero de origen francés, que estaba mucho más interesado en las misiones en el interior de Francia y aún más en las de las Indias Orientales⁴.

Para retomar nuestro cuadro cronológico, el fin de los «primeros pasos» de la Iglesia en Nueva Francia en 1658 corresponde al nombramiento de su primer vicario apostólico, Mons. François de Laval. En efecto, el primer obispo reorganizó su Iglesia transformando la Iglesia «misionera» en una Iglesia «colonial»⁵. Los comienzos de Mons. de Laval cierran el período intensivo de la conversión de los autóctonos, la verdadera motivación de las salidas de los eclesiásticos, hombres y mujeres, para la Nueva Francia. Después de 1658, las necesidades espiri-

2. Archivos de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, Roma (desde ahora APF), SOCG, vol. 144, ff. 183rv, Pacifique de Provins, OFM Cap, al Cardenal Bernardino Spada, París 25 octubre 1646; PACIFIQUE DE PROVINS, *Le voyage de Perse et Brève relation du voyage de l'Amérique*, ed. por Godefroy de Paris-Hilaire de Wingene, Collegio S. Lorenzo da Brindisi dei Fr. Minori Cappuccini, Assisi 1939, p. 5*.

3. Guillaume DE VAUMAS, *L'éveil missionnaire de la France (d'Henri IV à la fondation du Séminaire des Missions Étrangères)*, Imprimerie Express, Lyon 1942.

4. CODIGNOLA, *Competing Networks: Roman Catholic Ecclesiastics in French North America, 1610-58*, «The Canadian Historical Review» 80 (1999) 539-584; CODIGNOLA, *Roman Catholic Ecclesiastics in English North America, 1610-58. A Comparative Assessment*, The Canadian Catholic Historical Association, «Historical Studies» 65 (1999) 107-124. Ver también Marc VENARD, *Vos Indes sont ici. missions lointaines (et) (ou) missions intérieures dans le catholicisme français de la première moitié du XVIIe siècle*, en Guy DUBOSCQ-André LATREILLE (dirs.), *Les réveils missionnaires en France du Moyen-Âge à nos jours (XIIIe-XXe siècles)*, Actes du colloque de Lyon (29-31 mayo 1980) organizado por la Société d'Histoire Ecclésiastique de la France y la colaboración de la Société d'histoire du Protestantisme français, Beauchesne, París 1984, pp. 83-89; Dominique DESLANDRES, *Le modèle français d'intégration socio-religieuse, 1600-1650. Missions intérieures et premières missions canadiennes*, tesis doctoral, Université de Montréal (1990); DESLANDRES, *Le christianisme dans les Amériques. Amérique latine, Amérique française, Amérique britannique et Amérique de l'esclavage*, en VENARD (dir.), *L'âge raison, 1620-1750*, Desclée-Fayard, Paris y Tournai 1997, pp. 615-736.

5. Cornelius John JAENEN, *The Role of the Church in New France*, McGraw-Hill Ryerson, Toronto 1976.

tuales y materiales de los fieles de origen europeo ocupan el primer lugar de las preocupaciones del personal eclesiástico⁶.

Vamos a dividir el período de 1563 a 1658 en tres partes. Durante la primera, de 1563 a 1610, hubo una actividad misionera muy limitada. No conocemos ni el número ni los nombres de los misioneros que la realizaron. El segundo período, de 1610 a 1632, corresponde verdaderamente al comienzo de las actividades misioneras dirigidas a los autóctonos. Se trata de las primeras misiones de los Jesuitas y de los Franciscanos Recoletos en América del Norte⁷. El tercer período, de 1632 a 1658, el más denso en actividades, incluye las misiones jesuitas en Canadá y en Acadia, las misiones de los Franciscanos Capuchinos en Acadia, la actividad de las Ursulinas y de los Agustinos Hospitalarios de la Misericordia de Jesús en Canadá, y las iniciativas de laicos devotos. Fue precisamente en este último subperíodo cuando tuvo lugar la misión de los Jesuitas entre los Hurones y la fundación, tan sorprendente por su supervivencia y su relativo éxito, de la ciudad-misión de Montreal. Se trata de dos acontecimientos que hicieron célebre a Nueva Francia a pesar de sus modestas dimensiones⁸.

Sin embargo, no hay que olvidar que este país, inmenso sobre el papel y en la imaginación de los administradores coloniales, no se desarrolló según las promesas iniciales. En 1629, justo antes de la primera conquista inglesa, la colonia francesa no estaba constituida más que por un pequeño fuerte en Quebec, una sola familia, un almacén para las pieles y un pequeño convento que albergaba a los Recoletos. En resumen, había alrededor de sesenta personas. Treinta años más tarde Mons.

6. CODIGNOLA, *The Holy See and the Conversion of the Indians in French and British North America, 1486-1760*, en Karen Ordahl KUPPERMAN (dir.), *America in European Consciousness, 1493-1750*, University of North Carolina Press, Chapel Hill 1995, pp. 195-242. El nombramiento de Mons. de Laval nos parece una fecha clave en la historia religiosa de Nueva Francia. En efecto, el cambio se hizo evidente durante la primera década del vicariato apostólico de Mons. de Laval, hasta el punto de que podemos tomar el año de 1674, es decir, el nombramiento de Mons. de Laval al obispado de Quebec, como la fecha de clausura de la iglesia misionera en Nueva Francia.

7. Conocemos bastante bien a los Jesuitas, pero muy mal a los Recoletos y todavía peor a los Capuchinos. Sobre estos últimos, la edad de los misioneros y su procedencia no son casi nunca citadas en los documentos. El catálogo más reciente del personal eclesiástico en Canadá es de Louis PELLETIER. *Le clergé en Nouvelle-France. Étude démographique et répertoire biographique*, Les Presses de l'Université de Montréal, Montréal 1993, que no se ocupa de la Acadia, de Luisiana y de los futuros Estados Unidos. Para el período 1610-1658, ver CODIGNOLA, *Competing Networks*, pp. 570-584; CODIGNOLA, *Roman Catholic Ecclesiastics*, pp. 119-124.

8. Entre 1610 y 1658, los eclesiásticos que partieron para Nueva Francia fueron entre 204 y 207, de los cuales 77 Jesuitas, entre 60 y 63 Capuchinos, al menos 28 Recoletos, 14 Agustinos de la Misericordia de Jesús, 11 Ursulinas, nueve sacerdotes seculares, cuatro Sulpicianos y un Cordelier (CODIGNOLA, *Competing Networks*, p. 584). Durante el mismo período 22 eclesiásticos de origen inglés partieron para Terranova y la región de Maryland y Virginia, de los cuales 19 Jesuitas y tres sacerdotes seculares (CODIGNOLA, *Roman Catholic Ecclesiastics*, pp. 119-124).

de Laval descubrió un Canadá que consistía en una pequeña colonia francesa a lo largo del río San Lorenzo. El pueblo de Quebec, establecido en 1608, era su centro administrativo y eclesiástico. Descendiendo el río los Franceses habían establecido los destacamentos de Trois-Rivières en 1634 y de Montreal en 1642. El crecimiento de la población había sido lento y difícil. No había más que 2.690 residentes en 1660, que habían doblado su número en relación a los 1.206 de 1650. Teóricamente, Mons. de Laval tenía también jurisdicción sobre Acadia, es decir, sobre esa región marítima que corresponde hoy a Nueva Escocia y Nueva Brunswick, en donde la población había alcanzado en su época los 300-400 residentes⁹.

La presencia de naciones autóctonas en el interior o al lado de la comunidad francesa distinguía la experiencia de la Iglesia de Nueva Francia de la de Francia. Con ellas los Franceses de América mantenían relaciones comerciales, diplomáticas y militares. En el momento del establecimiento de los Franceses, si los Montañeses y los Algonquinos no eran numerosos en la región de Quebec, los Suriqueses (o Mik'maq) de la región marítima y los Hurones (o Ouendats) de la futura provincia de Ontario contaban con poblaciones de 3.000 y 20.000 miembros respectivamente. Como escribía el superior jesuita del país de los Hurones, Jérôme Lalemant, en 1639, «nosotros (los Franceses) nos encontramos aquí como en medio de un mar en el que un millón de personas se ahogan»¹⁰.

Con la búsqueda del paso del nor-oeste, el desarrollo del comercio y el engrandecimiento del prestigio de la Corona, la evangelización de los «salvajes» constituyó una de las principales motivaciones de la colonización francesa durante todo el primer período. Subrayemos que los Franceses, no más que otros Europeos, jamás dudaron de que los autóctonos fueran seres humanos dignos de los esfuerzos de la evangelización. Las bulas papales de 1493 y 1537 habían ya zanjado la cuestión en este sentido¹¹, a pesar de que ciertos filósofos, que no tenían

9. Francia tenía 16 millones de habitantes a comienzos del siglo XVII y 19 millones en 1650. Nueva Inglaterra tenía 32.600 en 1660. Ver Marcel TRUDEL, *Histoire de la Nouvelle France (1524-1674)*, 4 vols. en 5 tomos aparecidos, Fides, Montréal 1963-1997; John Alexander DICKINSON-Brian YOUNG, *A Short History of Quebec. A Socio-Economic Perspective*, Copp Clarck Pitman, Toronto 1993 (1988).

10. Jérôme LALEMANT, SJ, *Relation de ce qui s'est passé dans le pays des Hurons, pays de la Nouvelle-France, Ossossané, 7 juin 1639*, publicado en Lucien CAMPEAU, *Monumenta Novae Franciae*, IV: *Les grandes épreuves (1638-1640)*, Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma y Les Éditions Bellarmins, Montréal 1989, p. 371.

11. Alejandro VI, bulas *Inter cetera* (3-4 mayo 1493), y Pablo III, bulas *Veritas Ipsa* y *Sublimes Deus* (2 y 4 junio 1537), publicadas en Josef METZLER (dir.), *America Pontificia Primi Saeculi Evangelizationis, 1493-1592: Documenta pontificia ex registris et minutis praesertim in Archivo Secreto Vaticano existentibus*, I, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1991, I, pp. 71-75, 364-366.

ninguna experiencia directa de relaciones con los autóctonos, continuaron durante mucho tiempo divirtiéndose con esta posibilidad. Además, la evangelización fue una preocupación que no concernía solamente a los eclesiásticos. Toda comisión real dirigida a los jefes de las expediciones comerciales, militares o de exploración, especificaba, entre sus deberes, el de promover la conversión de los autóctonos. Del mismo modo, toda la producción literaria relacionada con estas empresas nunca dejaba de insistir sobre la enorme multitud de autóctonos que esperaba ser salvada por la palabra de Dios. Se insistía sobre el hecho de que los pueblos del Nuevo Mundo, así como los de África, eran «infinitos y dóciles», bien dispuestos hacia los Europeos, impacientes de escuchar y de «recibir nuestra Santa Fe». Se imaginaba, por tanto, que las conversiones serían rápidas y numerosas¹².

Puesto que la América del Norte estaba poblada por multitudes de autóctonos, y que era un deber de los cristianos de Europa procurarles la salvación, la cuestión práctica era quién debía ocuparse de ello. Durante el siglo XVI y la primera década del XVII no se planteó ninguna actividad evangelizadora. Durante el siglo XVI los Franceses fueron incapaces de implantar una colonia en el Nuevo Mundo y las raras tentativas de los años 1530 y 1540 en la región de Quebec quedaron sin salida. A partir de mediados de siglo los movimientos de pescadores bretones, normandos y vascos en el Atlántico Norte fueron, sin embargo, considerables. Esta circulación de varios centenares de navíos sería superior a la de las flotas españolas que viajaban hacia América central y meridional¹³. Las tripulaciones de estos navíos tenían necesidad de asistencia espiritual, y se sabe que un cierto número de sacerdotes los acompañaban durante sus travesías. Pero ni esos hombres de Iglesia ni los pescadores estaban interesados por los autóctonos. Consideraban los navíos como simples extensiones de su parroquia de origen, y cuando dudaban de la validez de su asistencia espiritual pedían la confirmación al obispo que tenía jurisdicción sobre el puerto de salida del barco¹⁴. La

12. APF, SOCG, vol. 141, ff. 108rv, 113rv, Pacifique de Provins a Francesco Ingoli, Paris, 17 octobre 1641 («populi infiniti et domesticati»); APF, SOCG, vol. 25, ff. 205rv-206rv, Pacifique de Provins a (Ingoli), Paris, 9 de marzo 1644 («ricevere nostra Santa Fed»). Ver CODIGNOLA-PIZZORUSSO, *Les lieux, les méthodes et les sources de l'expansion missionnaire du moyen-âge au XVIIe siècle: Rome sur la voie de la centralisation*, en Laurier TURGEON-Réal OUELLET-Denys DELÂGE (dirs.), *Transferts culturels en Amérique et ailleurs (XVIIe-XIX siècles)*, Les Presses de l'Université de Laval, Quebec y Paris, L'Harmattan 1994.

13. TURGEON, *Le temps des pêches lointaines. Permanence et transformation (h 1500-h 1850)*, en Michel MOLLAT DU JOURDIN (dir.), *Histoire des pêches maritimes en France*, Privat, Toulouse 1987, pp. 136-138.

14. Ver, por ejemplo, Pierre Cotton, SJ, a Claudio Aquaviva, SJ, Fontainebleau, 25 octubre 1604, publicado en CAMPEAU, *Monumenta*, I: *La première mission d'Acadie (1602-1616)*, Roma: Apud monumenta Hist. Soc. Iesu, Roma, y Quebec: Les Presses de l'Université de

dependencia jurisdiccional de los obispos de los puertos de salida fue la base jurídica sobre la cual el arzobispo de Ruan, François de Harlay de Champvallon, mantuvo durante mucho tiempo su oposición a Mons. de Laval.

Hubo que esperar hasta los comienzos de la colonización francesa en Nueva Francia, en 1610, para que el primer sacerdote francés atravesara el Océano Atlántico para dedicarse específicamente a la conversión de los autóctonos¹⁵. Jessé Fléché, un sacerdote secular de la diócesis de Langres, había sido encarado por el jefe de la nueva colonia de Port-Royal (hoy Annapolis Royal, en Nueva Escocia), Jean de Biencourt, Señor de Poutrincourt y de Saint-Just, para procurar el bienestar espiritual de los Suroqueses. En lugar de contentarse con las facultades de su obispo, por razones que siguen siendo desconocidas, Fléché pidió y obtuvo la aprobación del nuncio en Francia, Roberto Ubaldini¹⁶. Fléché sólo permaneció unos meses en Acadia. El año siguiente fueron dos Jesuitas, Pierre Biard y Énemond Massé, los que siguieron el mismo procedimiento, un gesto todavía más sorprendente puesto que ellos formaban parte de una orden muy poderosa y que gozaba ya de ciertos privilegios extraordinarios, conocidos como «facultades de Indios», que sustraían a la Compañía de la jurisdicción de los obispos ordinarios¹⁷. En 1618, algunos Recoletos obtuvieron del sucesor de Ubaldini, Guido Bentivoglio, el permiso de establecer su misión en Canadá, con lo que ellos se comprometían «a enseñar e instruir a estos pobres salvajes en las cosas de la Fe»¹⁸.

Laval, 1967, pp. 4-6; APF, SOCG, vol. 418, ff. 234rv-235rv, Pierre de Neufville a Clemente IX (Roma, 1668/1669); APF, SOCG, vol. 419, f. 390rv, de Neufville a Propaganda (Roma, 1669); APF, SOCG, vol. 418, ff. 233rv, 236rv, notas de Propaganda sobre la carta de Neufville (Roma), 26 de mayo de 1669. Sobre la jurisdicción espiritual sobre los navíos, ver CAMPEAU, *Les initiatives de la S. Congrégation en faveur de la Nouvelle-France*, en METZLER (ed.), *Sacrae Congregationis de «Propaganda Fide Memoria Rerum». 350 anni a servizio delle missioni 1622-1972*, Herder, Freiburg, I/2: 1622-1700, p. 729; Alain CABANTOUS, *Le ciel dans la mer: Christianisme et civilisation maritime (XVe-XIXe siècle)*, Librairie Arthème Fayard, Paris 1990, pp. 213-229.

15. «Al menos, por lo que sabe», según el historiador jesuita canadiense Campeau, la autoridad reconocida sobre este tema (CAMPEAU, *Initiatives*, p. 729).

16. Marc LESCARBOT, *Relation dernière de ce qui s'est passé au voyage du sieur de poutincourt en la Nouvelle-France depuis 20. mois ença*, Iean Millot, Paris 1612, p. 10, publicado en CAMPEAU, *Monumenta*, I, p. 176.

17. Archivio Segreto Vaticano (desde ahora ASV), Segretaria di Stato, Francia, vol. 54, f. 131r, Roberto Ubaldini a Scipione Borghese, Paris, 20 octubre 1610, publicado en CAMPEAU, *Monumenta*, I, p. 86. Ver también APF, Informazioni, vol. 136, f. 570rv, Lorenzo de Paoli a Pablo V (Roma, 1610/1611).

18. ASV, SS, Francia, Miscel. Arm. I, vol. 34, f. 196rv, Denys-Simon de Marquemont a Pablo V (Roma, noviembre 1617) («insegnar et instruire quelli poveri Selvaggi nelle cose della Fede»); APF, SOCG, vol. 259, ff. 190v, 195rv, Guido Bentivoglio a Joseph le Caron, Paris, 20 marzo 1618. ver también CAMPEAU, *Initiatives*, pp. 732-734.

La multiplicidad y la ausencia de coordinación de estas gestiones misioneras, cosa que concernía no solamente a América del Norte, sino a todos los países no católicos que no estaban sometidos a las coronas ibéricas, tuvo que terminarse en 1622 con el establecimiento de la sagrada Congregación de *Propaganda Fide*. A partir de esta fecha, todos los misioneros deberían haberse sometido a la jurisdicción de la nueva Congregación y recibido de ella sus poderes espirituales. Sin embargo, este organismo (a propósito del cual me parece necesario hacer referencia al artículo del gran especialista y antiguo archivero de la Congregación, el padre Josef Metzler, OMI¹⁹), no logró la unanimidad. Había sido creado para coordinar la actividad misionera y centralizar las informaciones que provenían de los países lejanos, para combatir la Reforma protestante y promover la unión con las Iglesias orientales. Pero las órdenes religiosas —entre las cuales las que estaban en Canadá, es decir, los Jesuitas, los Recoletos y los Capuchinos— juzgaron la nueva función de coordinación de Propaganda como un atentado a su independencia²⁰.

En efecto, las órdenes religiosas habían sido durante mucho tiempo muy activas en el trabajo misionero en Europa y en otros continentes desde mucho antes del establecimiento de la Congregación. Sin embargo, los que estaban trabajando en Nueva Francia, reaccionaron de manera diferente. Los Jesuitas rechazaron plegarse a las exigencias de Propaganda y continuaron actuando como si sus misiones en Canadá y en Acadia no dependieran más que de sus superiores de la provincia de París. Los Recoletos, a pesar de que gozaban de buenas relaciones con Propaganda, en 1632 no obtuvieron del todopoderoso Armand-Jean du Plessis, el cardenal de Richelieu, el permiso para volver a Canadá, sino que fueron reemplazados por los Capuchinos. Richelieu confió la responsabilidad sobre Nueva Francia entera a estos últimos en enero de 1632, aunque los superiores de la orden limitaron su jurisdicción a la Acadia. Al contrario que los Jesuitas, los Capuchinos gozaron de buenas relaciones con Propaganda²¹.

19. Ver, entre otros, METZLER (dir.), *Sacrae Congregationis de Propaganda Fide Memoria Rerum. 350 anni a servizio delle missioni 1622-1972*, Herder, Freiburg 1971-1976.

20. CODIGNOLA, *Guide des documents relatifs à l'Amérique du nord française et anglaise dans les archives de la Sacrée Congrégation de la Propagande à Rome, 1622-1799*, Archives nationales du Canada, Ottawa 1990, pp. 7-8.

21. Archives des Affaires Étrangères, Paris, Mémoires et documents sur l'Amérique, IV, f. 124rv, Louis XIII à Claude Bouthillier, 16 mars 1633, publicado en Clarence-Joseph D'ENTREMONT, *Histoire du Cap-Sable de l'an mil au Traité de Paris*, Hebert Publications, Eunice 1981, II, p. 484; Université de Montréal, Collection Baby, Documents divers H2, boîte 65, Richelieu, Ordre pour le passage des Jesuites, Saint-Germain-en-Laye, 14 avril 1632, publicado en CAMPEAU, *Monumenta*, II: *Établissement à Québec (1616-1634)*, 1979, pp. 273-276.

Todas estas gestiones en el interior de la Iglesia católica romana y galicana, durante todo el período que precedió al nombramiento de Mons. de Laval como vicario apostólico en 1658, provocaron que la misión del Canadá estuviera gestionada como una especie de dependencia lejana de la provincia de París de la Compañía de Jesús. Su superior residía en Quebec y estaba considerado como el superior de la Iglesia canadiense, hasta el punto que él se sentaba junto al gobernador general en el consejo de la colonia. Hasta 1649 él nombraba regularmente a uno de su orden como superior de la misión hurona. Los Jesuitas se ocupaban también de la asistencia espiritual a los Europeos del Canadá, que debido a la ausencia de un obispo no estaban encuadrados en un sistema de parroquias bajo la responsabilidad del clero secular. Hay que reconocer que los Jesuitas del Canadá habían merecido su lugar predominante en la sociedad canadiense del primer medio siglo. Debido a la falta de impulso económico de la colonia y a su escaso crecimiento demográfico, fue gracias a los fondos de la Iglesia y de su personal laico, y sobre todo, de los Jesuitas, como la colonia del San Lorenzo pudo sobrevivir a las mayores dificultades que tuvo que afrontar durante los años 1630 y 1640²².

Antes de la segunda conquista inglesa de la Acadia, ocurrida en 1654, la situación eclesiástica era más compleja. Había algunos Jesuitas al norte y algunos Recoletos al sur; estos últimos habían permanecido ignorando la orden de Richelieu de abandonar la colonia. Pero la región, en la que los establecimientos estaban muy poco poblados y dispersos por el territorio, era administrada, sobre todo, por los Capuchinos de la provincia de París. El guardián de esta provincia nombraba al superior de Acadia. En efecto, la experiencia capuchina en la región marítima, que comprendía también Nueva Inglaterra, parece muy próxima a la experiencia jesuita al oeste. Se dedicaron, sobre todo, a la evangelización de los autóctonos, y su número era comparable o ligeramente superior al de los Jesuitas²³. Sin embargo la producción literaria de la Compañía de Jesús hizo célebre el apostolado canadiense de su miembros, mientras que los Capuchinos no estamparon sobre el papel su experiencia acadiana. Además, su documentación manuscrita está hoy casi enteramente perdida. Sólo se puede especular, a partir de las huellas fragmentarias que nos quedan, sobre la cuestión de la amplitud de su actividad.

22. William John ECCLES, *The Role of the Church in New France*, en ECCLES, *Essays on New France*, Oxford University Press, Toronto 1987, pp. 26-37; ECCLES, *The French in North America 1500-1783. Revised Edition*, Fitzhenry & Whiteside, Toronto 1998 (1972), p. 42.

23. 60/63 Capuchinos entre 1632 y 1656, frente a 77 Jesuitas entre 1610 y 1658 (CODIGNOLA, *Competing Networks*, pp. 570-584).

Capuchinos, Recoletos y Jesuitas habían partido hacia Nueva Francia, con el fin de convertir a los autóctonos. En Acadia la evangelización de los Suroqueses fue confiada a los Capuchinos. Sabemos que en Port-Royal entre 1644 y 1650 habían puesto en marcha una escuela para los niños autóctonos. Estaba dirigida por Jeanne de Brice, una viuda rica de Auxerre, en Borgoña, venida a la colonia animada por Pacífico de Provins, entonces prefecto de la misión de Nueva Francia²⁴. La influencia de los Capuchinos sobre los Suroqueses fue aparentemente bastante modesta²⁵. El hecho de que la provincia de París estuviera agitada por conflictos internos y que Acadia lo estuviera también a causa de una especie de guerra civil que oponía a las dos familias más importantes de la región, no facilitó el trabajo de los misioneros²⁶.

Conocemos mejor la experiencia de los Recoletos gracias a las célebres obras del hermano Gabriel Sagard²⁷. Los Recoletos fueron los primeros en experimentar los problemas de la evangelización en América del Norte. La dificultad de comunicar con los Montañeses y los Hurones les convencieron de que estos pueblos debían aprender a vivir «a la francesa» antes de que fuera posible cualquier conversión. Los Recoletos intentaron persuadir a los Amerindios a abandonar su nomadismo, a vivir cerca de los pueblos europeos y a enviar a sus hijos a la escuela, pero sin ningún éxito notable.

En 1639, dos comunidades religiosas de mujeres, las Ursulinas y las Agustinas Hospitalarias de la Misericordia de Jesús, establecieron

24. APF, SOCG, vol. 199, ff. 397rv-398rv, 407rv-408rv, *Pacifique de Provins à la Propagande*, París, 24 junio 1644; APF, SOCG, vol. 259, ff. 205rv-206rv, *Pacifique de Provins à [Ingoli]*, París, 9 marzo 1644. Ver CODIGNOLA, *Pacifique de Provins and the Capuchin Network in Africa and America*, en Patricia GALLOWAY-Philip POULIN BOUCHER (dirs.), *Proceedings of the Fifteenth Meeting of the French Colonial Historical Society. Martinique and Guadeloupe, May 1989*, University Press of America, Lanham 1992, pp. 46-60.

25. CODIGNOLA, *Pacifique de Provins*; CAMPEAU, *Monumenta*, VI: *Recherche de la paix (1644-1646)*, Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma/Les Éditions Bellarmin, Montréal 1992, p. 389; Harald E.L. PRINS, *The Mi'kmaq. Resistance, Accommodation, and Cultural Survival*, Harcourt Brace College Publishers, Fort Worth 1996, pp. 71-77; William C. WICKEN, *Encounters with Tall Sails and Tall Tales: Mi'kmaq Society, 1500-1760*, tesis de Doctorado, Université McGill, 1994, pp. 309-322.

26. Marjorie Anne MACDONALD, *Fortune & La Tour. The Civil War in Acadia*, Metuen, Toronto 1983; Raoul DE SCEAUX, *Histoire des Frères Mineurs Capucins de la province de Paris (1601-1660)*, Éditions Notre-Dame de la Trinité, Blois 1965.

27. [Gabriel SAGARD, OFM Rec], *Le grand voyage du pays des Hurons, situé en l'Amérique vers la mer douce ez derniers confins de la nouvelle France Ou il est traicte de tout ce qui est du pays & du gouvernement des Sauvages Avec un Dictionnaire de la langue huronne. Par Fr. Gabriel Sagard Recollet de St. Francois de la prouince St. Denis*, D. Moreau, Paris 1632; SAGARD, *Histoire du Canada et des Voyages que les Frères Mineurs Récollets y ont faicts pour la conversion des Infidelles*, C. Sonnius, Paris 1636. Ver también la edición más reciente, SAGARD, *Le grand voyage du pays des Hurons, suivi du Dictionnaire de la langue huronne*, ed. por Jack Warwick, Les Presses de l'Université de Montréal, 1998.

conventos en Nueva Francia con el objetivo principal de comprometerse en la evangelización de los autóctonos. Sus esfuerzos no fueron coronados por el éxito, pero las religiosas decidieron quedarse al menos para dedicarse a las necesidades de la comunidad de origen francés, como las dos comunidades ya lo hacían en Francia.

En este cuadro, los Jesuitas del Canadá representan la excepción a la regla del fracaso generalizado. Fueron acogidos en el país de los Hurones en 1633, como contrapartida del permiso dado a los autóctonos de comerciar con los Franceses y de disfrutar de la alianza militar de estos últimos contra la Confederación Iroquesa. Mientras los Hurones les toleraban, los Jesuitas aprendieron sus lenguas y costumbres y se ganaron su respeto gracias a su capacidad de supervivencia en ese país desconocido y hostil. Enseñaron a los Hurones los rudimentos de la fe cristiana y la manera de adaptar su vida a los mandamientos del Evangelio. A pesar de que no estuvieran particularmente atraídos hacia la cultura autóctona, como en el mismo período en la India y sobre todo en China, los Jesuitas ejercieron la paciencia y se acomodaron comprometidos todo lo posible²⁸.

Entre 1634 y 1650, más de la mitad de la población hurona fue bautizada y se incorporó a la comunidad católica de América del Norte. Su número aumentó después de 1647, cuando la nación hurona comenzó a sufrir los últimos asaltos de los Iroqueses, cuando los conflictos internos se manifestaron entre cristianos y tradicionalistas. En 1650, al final de la última fase de una guerra entre Hurones e Iroqueses que había durado casi un siglo, el país hurón dejó de existir. Los supervivientes huyeron hacia los establecimientos franceses del San Lorenzo, en donde residieron desde aquel trágico momento.

Sea cual fuese su éxito con los Hurones, el hecho es que después de su dispersión en 1650 el trabajo misionero recomenzó casi desde cero. Pero el entusiasmo y el celo misionero de comienzos del siglo habían desaparecido. Como lo demuestran las fuentes jesuitas, el trabajo misionero se había vuelto mucho más difícil y mucho menos rápido de lo previsto. Estas dificultades que, por otra parte, parecen haber sido compartidas también por las otras órdenes, pueden resumirse en tres campos: la lengua, las costumbres sexuales y la alimentación.

Por lo que se refiere a la lengua, aunque entre los Jesuitas había lingüistas de renombre, como Jean de Brébeuf, la mayoría no llegaba a explicarse más que de una manera muy elemental. Con frecuencia, ha-

28. Acerca de la experiencia de los Jesuitas con los Hurones, ver las interpretaciones divergentes, de Bruce Graham TRIGGER, *Natives and Newcomers. Canada's «Heroic Age» Reconsidered*, McGill-Queen's University Press, Montréal/Kingston 1985; CAMPEAU, *La mission des jésuites chez les Hurons 1634-1650*, Les Éditions Bellarmin, Montréal/Institutum Historicum S.I., Roma 1987.

bía incompatibilidad entre el razonamiento de los autóctonos y el de los Europeos. Por otra parte, el vocabulario de los autóctonos, no solamente carecía de palabras que eran esenciales para la enseñanza cristiana, tales como pan, sal, levadura, candela, reino, pastor y fieles, sino que ese vocabulario no llegaba a poder explicar conceptos como la Trinidad o la Virginitad de María, que además para los propios Europeos eran misterios. En 1638 otro lingüista jesuita, Charles Garnier, se lamentaba de que «nuestros misterios les resultan completamente nuevos, su lengua no nos proporciona más que unas pocas palabras de las que nos serían necesarias»²⁹.

Ningún compromiso era aceptable respecto a los reprobables comportamientos sexuales de los autóctonos: la poligamia, el divorcio, la libertad sexual, sobre todo de las hijas, antes del matrimonio. En su *Relación* de 1639, el superior jesuita del Canadá, Paul Le Jeune, contaba que «algunas mujeres impúdicas, acercándose de noche a algunos hombres, les solicitan al mal en secreto». Estos hombres, evidentemente convertidos, les habrían respondido: «Yo creo en Dios; le rezo todos los días; Él castiga estas acciones; yo no quiero cometerlas». La costumbre del país era que los hombres jóvenes que quisieran casarse con una mujer «le hubieran hecho el amor por la noche». Y que habían recibido esta respuesta de las mujeres convertidas: «Id a buscar a los Padres. Hacedos instruir y bautizar, después os hablaré, no por la noche, sino durante el día»³⁰. Estos dos episodios muestran hasta qué punto era grande la distancia entre las costumbres de los autóctonos y las enseñanzas de los religiosos.

A los ojos de los Jesuitas, la «gastronomía» autóctona era sencillamente repugnante. Se lamentaban también de la suciedad de las mujeres huronas que preparaban la comida, que vivían en condiciones abominables, rodeadas de basuras y que no limpiaban jamás sus utensilios. La repugnancia por los alimentos estaba además ligada a la dificultad de los misioneros, miembros de la élite de la sociedad francesa, para habituarse a la manera de vivir de los autóctonos. Los mosquitos y las moscas negras durante la primavera y el verano, el frío y el humo en el interior de las cabañas durante el otoño y el invierno, representaban para ellos enormes obstáculos que lograban superar solamente gracias a sus profundas convicciones religiosas³¹.

29. Charles Garnier a Henri Garnier de Saint-Joseph, La Rochelle, 28 abril 1638, publicado en CAMPEAU, *Monumenta*, IV, p. 32.

30. Paul LE JEUNE, SJ, *Relation de ce qui s'est passé en la Nouvelle-France en l'année 1639...*, Sébastien Cramoisy, Paris 1640, en CAMPEAU, *Monumenta*, IV, pp. 294-295.

31. Sobre estas cuestiones, ver CODIGNOLA, *The French in Early America: Religion and Reality*, en Deborah L. MADSEN (dir.), *Visions of America Since 1492*, Leicester University Press, London 1994, pp. 35-56.

La Iglesia de Nueva Francia había encontrado su justificación inicial en su trabajo misionero. Sin embargo, se ocupó también de la atención espiritual y de las necesidades materiales de la comunidad de origen europeo, cuyo número era pequeño, pero en crecimiento. Entre la Iglesia de Francia y la de Nueva Francia estaba la presencia de los autóctonos; sin embargo había también otras diferencias que hay que subrayar.

Hasta la mitad de los años 1630, la comunidad francesa del San Lorenzo, que conocemos mejor que la de la Acadia, era relativamente pequeña y su vida de piedad y observancia religiosa fueron objeto de los elogios de los Jesuitas. Antes de 1663 las fuentes nos describen una sociedad con un satisfactorio nivel de observancia religiosa y en la que las blasfemias, las borracheras y las relaciones sexuales ilícitas no eran un problema importante. El historiador canadiense Marcel Trudel ofrece la lista de sesenta casos de comportamiento criminal durante el período de 1636 a 1663. Se trata sobre todo de prácticas sexuales ilícitas, borracheras y blasfemias. Después de 1663, el número de habitantes aumentó, pero los eclesiásticos no aumentaron en proporción a las necesidades de la población, y como consecuencia, los casos de comportamientos criminales aumentaron³².

Sin embargo se encuentran ejemplos de mala conducta. Ya hacia 1634 los Jesuitas comenzaron a plantearse un sistema de reservas para proteger a los autóctonos de la influencia negativa de ciertos miembros de la comunidad francesa. Temían sobre todo el ejemplo de la mala conducta de los golfantes, que se aprovechaban de la libertad sexual de las mujeres autóctonas. La Iglesia no logró tampoco frenar la venta de bebidas alcohólicas a los autóctonos, que, en 1636, era el segundo acto criminal más castigado en la colonia³³. Más tarde, la comunidad canadiense mostró una independencia de espíritu respecto al clero que era desconocida en Francia. Por ejemplo, rechazaron financiar la Iglesia a través del pago del diezmo, tal como lo preconizaban Mons. de Laval y sus sucesores, argumentando que los servicios prestados por el clero no lo justificaban.

Aunque teóricamente bajo la jurisdicción de Propaganda, hasta 1658, tanto la Iglesia misionera, que se ocupaba de los autóctonos, como la Iglesia colonial, que prestaba sus servicios a los Europeos, dependieron de las órdenes religiosas. Pero ya a comienzos de los años 1630 se planteó la cuestión del nombramiento de un obispo o de un vicario apostólico con un título *in partibus*. Durante los años 1650 los

32. Marcel TRUDEL, *Histoire de la Nouvelle-France*, III/2: *La seigneurie des Cent-Associés. La société*, Fides, Montréal 1983, pp. 453-463.

33. TRUDEL, *Histoire*, p. 455 (1636).

Jesuitas lograron hacer nombrar al primer vicario apostólico del Canadá, Mons. de Laval, entonces un sacerdote secular de 34 años, que ellos consideraban como un candidato fiable. Mons. de Laval fue escogido a comienzos de 1657, fue consagrado como obispo *in partibus* de Petrée en 1658, y llegó a su vicariato apostólico en 1659. Durante todo su vicariato (1658-1674) mantuvo relaciones regulares y amistosas con Propaganda, que, por otra parte, había contribuido de manera decisiva a superar los obstáculos que se oponían a su nombramiento³⁴.

La normalización de la Iglesia de Nueva Francia comenzó, por tanto, con Mons. de Laval. En 1663 creó el Seminario de Quebec, como filial del Seminario de las Misiones Extranjeras de París que, en el proyecto del obispo, serviría para la formación de los nuevos sacerdotes y como lugar de residencia para sacerdotes que no tuvieran asignada una parroquia. La primera parroquia, Nuestra Señora de Quebec, fue establecida en 1664. Fue durante su administración cuando la Iglesia canadiense dejó de considerar su trabajo misionero dirigido a los autóctonos como su misión principal. No era cuestión de abandonar la actividad misionera, pero las misiones se convirtieron en la excepción, más que en la regla, entre los eclesiásticos que, desde entonces, se ocuparon en primer lugar de la comunidad de origen europeo.

34. El mejor estudio sobre la designación de Laval es el de Matteo SANFILIPPO, *Tra curia di Roma e corte di Francia: la fondazione della diocesi di Québec (1631-1674)*, en Gianvittorio SIGNOROTTO-Maria Antonietta VISCEGLIA (dirs.), *La corte di Roma tra cinque e seicento «teatro» della politica europea*, Bulzoni, Roma 1998, pp. 481-507, que utiliza gran número de nuevas fuentes. Ver también CAMPEAU, *L'évêché de Québec (1674). Aux origines du premier diocèse érigé en Amérique française*, Québec: La Société Historique de Québec, Québec 1974; CAMPEAU, *Monumenta*, II, pp. 63*-64*; CODIGNOLA, *Competing Networks*, pp. 566-568.